

La frialdad de Santander

Capítulo de un libro.

Por Laureano García Ortiz

Al iniciar, no sin justificada aprehensión, mis ensayos santanderistas, no me propuse nunca probar una tesis, sino descubrir una realidad. No pretendía encontrar en el General Santander las cualidades o los defectos que yo le suponía, los servicios o los perjuicios a Colombia que mi concepto político quería o necesitaba asignarle. Tan sólo quería descifrarme a mí mismo un problema de psicología y de historia: qué clase de persona era el General Santander; qué acciones significativas o trascendentes constituyeron su obra personal en relación con el país; por qué tantos granadinos en especial y venezolanos también lo admiraron y respetaron con firmeza, y por qué numerosos venezolanos y granadinos lo detestaron con pasión.

Tal enigma ocupaba el escenario histórico nacional. Ahí se encontraba formulado y no resuelto. Tal vez cada uno de sus contemporáneos lo resolvió a su manera; pero quienes se encargaron de transmitir su solución a las generaciones subsiguientes, quizá por la misma proximidad, carecieron de la necesaria perspectiva, o no se habían reunido todavía todos los indispensables elementos de juicio, o las pasiones y los intereses oscurecían el espectáculo y enturbiaban la visión; pero es lo cierto que las soluciones propuestas o las apreciaciones transmitidas, las más son notoriamente incompletas, las otras claramente inexactas, cuando no visiblemente falsas.

Esos modestos pero madurados ensayos míos, habrían podido ser hechos uno tras otro, en muy corto tiempo. Y en realidad, cada uno de ellos fue escrito en horas; pero el acopio de sus materiales y su interna elaboración, han sido cosa de años, como se echa de ver por sus fechas. Las muy diversas actividades y experiencias de mi vida sólo me han permitido consagrar a tan caros estudios instantes de sosiego y descanso, que no han sido muchos en mis días, pero a ellos vuelvo siempre que puedo con religiosa delicia.

Los que hoy escojo para formar este volumen² pensando darle a éste alguna variedad, me resultan pocos y delgados en

cuerpo y en espíritu; pero al ver un tan poco resultado para tanta meditación y diligencia, me viene al recuerdo que uno de los más grandes internacionalistas y diplomáticos de la América latina, al obsequiarme con un libro no muy voluminoso, me dijo: "Para escribir este libro, que encierra en 500 páginas toda la defensa de las fronteras de mi país, he llenado varias largas y delicadas misiones en el Extranjero; he recogido en todo el mundo documentos manuscritos e impresos, libros y mapas, hasta llenar la vasta biblioteca de un palacio oficial; he clasificado, compulsado y catalogado ese enorme material, y he estudiado y meditado durante veinticinco años".

Y parece que en tal litigio territorial entre dos naciones, la que presentó tan breve, concentrado y sustancioso alegato, obtuvo el triunfo sobre la que rindió toneladas de volúmenes y papeles. El Jefe de Estado árbitro en el conflicto, presintió aquello: la una de las partes, dijo, parece que tiene millares de pruebas y alegaciones, quizá dudosas cuando tantas se necesitan; la otra parece que confía en una sola prueba, en un solo documento, quizá porque lo encuentra concluyente y definitivo.

Así mismo, en la historia humana, sacar tres o cuatro verdades, sobre sucesos y personas significativas, del inextricable depósito de los archivos y tradiciones, exhibiéndolas limpias, puras y netas, reducidas a su más simple expresión, es labor que atrae y que el vulgo no concibe en vista de su aparente brevísimo resultado.

Nunca me ha seducido el propósito de lo que se llama una *biografía completa* del General Santander, con las fechas precisas de su nacimiento, bautismo, ingreso a la escuela, examen final de estudios, primer empleo, primer combate, prolija enumeración de sus escritos, esmerada apreciación de sus decretos, nombramientos, credenciales y cartas de gabinete, nombres de sus secretarios, etc., etc. Todo eso, bien arreglado y cosido, debe quedarse en los anaqueles de los archivos para cuando sea menester, o impreso en registros especiales para las bibliotecas públicas; pero no veo la necesidad ni la conveniencia de sacarlo de allí para hacérselo leer a todos nuestros compatriotas, que quizá sean solicitados por curiosidades más vivas o por intereses más apremiantes.

Pero peor que eso sería, por huirle a esas minucias sin trascendencia, ir a dar a la charlatanería vacua, a las peroratas insustanciales, a la acumulación de adjetivos gastados y de exageraciones líricas.

Me halagaría intentar el estudio de las figuras colombia-

nas sustantivas, en la modalidad de su espíritu, en sus características de pensamiento y de acción, verlas moverse en sucesos significativos y bien averiguados, con datos precisos y seguros, con rasgos evocadores y pintorescos, con anécdotas auténticas próximas a ser olvidadas, y con el principio cardinal de que la verdad, y sólo la verdad, es interesante y nutritiva.

Con ese ánimo y con ese propósito me he ocupado del General Santander cuantas veces he sido solicitado para ello, y sólo en tales ocasiones, pero mis capacidades no han alcanzado nunca a mi aspiración. Me he equivocado en dos o tres pasos por falta de juicio, pero no en favor, nótese bien, sino en contra del General Santander. He reconocido mi falta y la he reparado, dejando constancia clara y fiel de ello. Ciertamente que la historia es preciso estudiarla y renovarla siempre.

Empero, en alguno de los reparos que hice al carácter de Santander y que fue negado por don Ernesto Restrepo Tirado y observado por la ágil y honrada pluma de Luis Eduardo Nieto Caballero, debo insistir en mi concepto primitivo, en su verdadero alcance, que bien veo es preciso explicar.

Dije en el ensayo "Carácter del General Santander":

"Para mí debo decir que la tacha verdadera y grave que puede hacerse a Santander como hombre, es la atrofia del corazón. En vano se buscará en su obra o en sus escritos, en la tradición de sus amigos o de sus subordinados, huella alguna de verdadera sensibilidad cordial. Fue frío y seco de sentimiento, incapaz de la conmoción interior de ternura. Fue tan sólo hombre de Estado, de vieja escuela española. Quizá como Fernando V de Aragón".

Bien se ve que esa deficiencia que le apunto al prócer, es relativa a su carácter personal, en manera alguna al hombre de Estado. Al contrario, lo que en una persona puede ser un defecto, en un gobernante puede ser condición muy necesaria y conveniente. Una grande y generosa sensibilidad, de ordinario causa o efecto de excesiva imaginación, a la cabeza de una nación, puede ser y ha sido origen de calamidades para ésta. La reflexión sesuda y fría, ha sido considerada siempre como elemento indispensable del buen gobierno. Yo puedo pues, estimar que una de las numerosas condiciones que hicieron de Santander un verdadero conductor de hombres, fue el freno de su sensibilidad.

Pero esa limitación le quitó a su trato personal el calor, el entusiasmo, la amena cordialidad, alimento y estímulo de grandes afectos.

El General Santander, y no podía ser de otro modo, siendo hombre de tal importancia y de tanta enjundia, tuvo un

circulo de amigos leales y decididos, que comulgaban con él en sus principios políticos y en sus ambiciones patrióticas, y tuvo innumerables y lejanos copartidarios, pero el hombre de las leyes no arrastraba multitudes fanatizadas, como Bolívar o como Obando.

La frialdad del juicio de Santander establecía en torno suyo una zona de seguridad o de precaución, una zona aisladora que no permitía la íntima compenetración de los espíritus, fuente del ardoroso entusiasmo, del arrebató místico. Colombia, sin duda, salió ganando con ello. Se ha repetido que ella le debe su fisonomía política característica entre las naciones latinas de la América, a la influencia de Santander. Venturosa influencia que la libró de ser arrastrada por un Mahoma o por un Tamerlán de los trópicos, o por algo peor.

Santander conquistaba la estimación de las gentes, inspiraba aprecio, imponía respeto, pero no abría los corazones.

Algo parecido ocurría con Napoleón en proporciones mucho mayores y en campo mucho más extenso. El prestigio de Napoleón electrizaba las masas, obsesionaba a distancia los soldados a través de la leyenda imperial, pero no pudo nunca adueñarse de los corazones. No fue amado, ni por sus esposas, ambas infieles, ni por sus hermanos, ni por sus mariscales, ni por sus ministros. Era un solitario, una humanidad monstruosamente extensa pero aislada. Tal vez el único pecho absolutamente suyo fue el de su madre; pero ella misma era tratada con ceremonia, a ella misma le impuso formas protocolarias.

Los buenos amigos de Santander: don Francisco Montoya, don Juan Manuel Arrubla, los doctores Francisco Soto, Vicente Azuero, Ezequiel Rojas y Florentino González, el obispo Gómez Plata, el poeta Luis Vargas Tejada, etc., le fueron fieles y leales; pero no se ve en sus relaciones hasta dónde iba el amigo personal y dónde empezaba el cooperador político. En las cartas de Santander para ellos, fuera de algunas, no muchas, amenidades cordiales, no se encuentran esas efusiones, por el momento sinceras, que se hallan en cartas de Bolívar para Santander.

Santander se casó tarde, de 44 años, y murió apenas 4 años después, dejando dos hijas. Su matrimonio fue de estricta corrección y de alta conveniencia social; pero no fue una unión idílica. Su esposa, doña Sixta Pontón, fue honorabilísima dama, que supo guardar su puesto de esposa y de viuda con riguroso decoro: había en ella algo de abadesa. En esa unión conyugal hubo mucho honor y respeto, quizá no excesiva ternura. Dada la vigorosa naturaleza de Santander, fue exigente en su sexualidad, pero no hasta alcanzar la del Libertador. Cuatro o

cinco relaciones galantes transitorias, con uno o dos frutos, se le supieron; pero una sola persistente, desde 1815 hasta poco antes de su matrimonio (1836). Su amada, bellísima e inteligente dama de alta alcurnia, esposa de hombres honorable y notorio, fue quizá el más grande afecto que Santander inspiró y al cual ella sacrificó todos sus deberes. Hay pruebas del inmenso amor de ella; pero, en realidad, no existen innegables y ardorosas de él, sólo que durante más de quince años se sintió ligado a ella, lo que pudo ser efecto tan sólo de un dulce hábito de unión con una naturaleza encantadora. Ella, además, por su carácter, le alegraba la existencia. El contraste de esos dos caracteres al propio tiempo que su acomodo o su armonía íntima, evocan un busto bronceo de un varón romano enlazado por una flexible y fresca madreseva.

De una hermana menor y soltera de la amada de Santander, y bellísima también, se prendó el Libertador, y la hizo suya en los días que estuvo en Santafé después de Boyacá, y luego en vísperas de su largo viaje para el sur. En cartas privadas de ambos héroes, que pasaron por mis manos, se hablaban mutuamente de las dos hermanas que, por fortuna social, no les dieron descendencia. La última fue más tarde la brillante esposa de un notable granadino.

En realidad, Santander por lo inteligente, por lo valeroso, por lo elegante, por lo bien portado, por su sangre hidalga, puede ser considerado como un verdadero cachaco bogotano; pero sin aquella sensibilidad creadora de delicias y desgracias.

Creo haber explicado que el defecto que me atreví a apuntarle al General Santander como persona humana, puede ser, y es en efecto, una cualidad de hombre de Estado. Pero don Ernesto Restrepo Tirado que fue, y lo ha sido siempre, un buen conservador, y como tal (no discuto aquí la lógica, el acierto y el colombianismo de ello) adversario de las ideas y métodos políticos del General Santander, tan sólo por ser esposo de una nieta de ese prócer y por ciertas empresas editoriales relacionadas con el *Archivo Santander*, (que explicaré alguna vez) y que no debe de ser persona muy sensible, pues en nuestra guerra de tres años lo llamaron General, (creo que en la región de Caparrapí o de Paimé, pero ignoro si así figuró en el escalafón), saltó a la defensa de la sensibilidad del General Santander, atacada por mí. Para ello ha querido probar que el General Santander tenía sentimentalidad cariñosa, que era un buen miembro de familia, lo que yo jamás puse en duda. Al contrario, podría añadir más significativas pruebas de ello a las apuntadas por el señor Restrepo Tirado. Mas cualquiera puede cumplir con sus obligaciones domésticas y sociales, de

hombre normal, sin distinguirse por una honda y trascendente sensibilidad, como la que hizo de Córdoba, en ocasión que yo señalé, una alma Shakesperiana. El simple citar frases comunes de afecto y de amable atención del General Santander como prueba de que en él existía lo que yo apunto como ausente de su carácter, que tal es la manera como me combate el señor Restrepo Tirado, me hace recordar al bueno y pintoresco General Mestre, nuestro compatriota, muy dado a demostrar con testimonios ajenos su propia y grande importancia personal, y para ello publicaba esquivitas y tarjetas de atención de hombres notables, en las cuales, aunque declinando éstos de ordinario cortésmente alguna solicitud del General Mestre, lo trataban de respetado General y se suscribían de él como muy obedientes servidores. El candor reconocido del General Mestre y su inocente vanidad, le hacían tomar al pie de la letra las expresiones triviales de cortesía. Temo que las expresiones citadas por el señor Restrepo Tirado tuvieran en el General Santander el mismo valor entendido.

Sentimientos familiares o asimilados a ellos, como los que muestra y alega el señor Restrepo Tirado, no alcanzan a cambiar ni siquiera a inquietar mi concepto, no gratuito ni temerario sino surgido contra mi deseo, del largo e íntimo contacto que he querido establecer con las manifestaciones de la poderosa psicología de Santander, ávido yo de penetrarle y de comprenderle. Empero, no puedo menos que volver intranquilo sobre mis pasos a verificar de nuevo mis fundamentos o más bien mis impresiones sobre la sensibilidad peculiar de ese prócer, cuando veo que un criterio tan libre, ilustrado y equitativo como el de Luis Eduardo Nieto Caballero ("Libros Colombianos en 1924" —páginas 222 a 224) se pronuncia categóricamente contrario a ese mi concepto, y no sobre consideraciones domésticas, sino sobre reciocinios muy dignos de tomarse en cuenta, por sí mismos y por quien los hace. Principia por declarar que el afán de imparcialidad me llevó demasiado lejos, declaración que recibo agradeciéndola como un elogio. Ciertamente, no me he propuesto ensalzar ni deprimir a Santander, y no encuentro justificado que en estudios históricos deba uno, por juicio preconcebido o interesado, dejarse arrastrar al pánegírico o al vituperio. Colombia especialmente exige ya una historia diferente de la que se le ha hecho en panfletos políticos, en debates parlamentarios, en editoriales de periódicos o por académicos de consigna. Pero mi eminente comentador está en lo cierto al apuntar el peligro de que un empeño exagerado de mostrarse imparcial lleve a uno hasta la injusticia, y agrega: "no sólo no es difícil sino perfectamente fácil hallar la

huella... profunda y eterna de sentimientos delicadísimos en la vida y en la obra de quien si tuvo frialdades ante el dolor que desconciertan, tuvo altas temperaturas en la gratitud y en la amistad que subyugan".

Tales huellas auténticas e indudables son las que yo no he podido encontrar. "Sentimientos delicadísimos" de dignidad y decoro del General Santander los he apuntado con nitidez y los he hecho resaltar en varios de mis ensayos. Frases expresivas en lo hablado o en lo escrito, no corresponden siempre a lo verdaderamente sentido, por ello el humano instinto no cree en zalamerías. Existen hondas sensibilidades sin expresión y muchas ternuras de dientes para afuera. Santander no fue hipócrita, lejos de ello: su frialdad se toca, se palpa, y no la esconde. Yo no niego que fuera humano, en el sentido de que tenía los sentimientos de los hombres normales, menos cuando la razón de Estado imponía otra cosa. Pudo ser buen padre y buen amigo, y fue una y otra cosa.

Pero no es esa la sensibilidad que yo echo de menos en su carácter. La que le faltó y no fingió fue esa sensibilidad receptiva, vibrátil, exquisita, siempre pronta y lista a entrar en comunicación con las sensibilidades ajenas, para atraerlas si son afines o para repelerlas si son antagónicas, fiel reflejo del mundo ambiente, de los cuerpos y de los espíritus, con tentáculos que todo lo presienten y todo lo anuncian. Sensibilidad que fue la fuerza y la debilidad de tantos hombres superiores, y que sin ella no habrían sido lo que fueron, y que por ella se les perdonan defectos y faltas. Esa sensibilidad creadora de los poetas y de los artistas, de los héroes-mártires, de los santos-augustos, de los caudillos-calamitosos, de los taumaturgos-fascinadores. Esa sensibilidad no es lo que se llama *bondad de corazón*; puede existir con lo bueno y puede existir con lo malo. No se echa de menos en Santander por el fusilamiento de Barreiro y sus 37 compañeros, y que sin duda es una de esas frialdades ante el dolor que el mismo doctor Nieto Caballero confiesa que lo desconciertan. Ya dije que esa crueldad, si así puede llamarse, fue fría, política, legalista. Nerón o los que se le asemejan, no fue tigre insensible, fue un artista decadente, de sensibilidad extremada, extraviada, voluptuosa, anhelosa de sensaciones nuevas y extrañas.

A Lord Byron en el drama íntimo, secreto de su vida, comprobado sólo ahora, esa sensibilidad le hizo saltar por encima de las leyes divinas y humanas. Un hombre común comete tan horrenda falta y sigue viviendo como cualquier hijo de vecino, más esa misma sensibilidad de Byron, origen de la falta, fue causa de que ella le marcara con fuego el espíritu para

siempre, pues la abismosa poesía de don Juan y de Astarté, fue el resultado de esa sensibilidad que se faltó y se hirió a sí misma.

Pero esa es la misma sensibilidad que por otras vías le dio al Dante su concepto entero del mundo medioeval y le hizo encontrar el acento propio y la expresión única para fijar y perpetuar esa tremenda visión. Es la misma que le permitió a Shakespeare hallar la clave de los corazones, el gesto y la voz de cada pasión y de cada sentimiento. La misma que a Cervantes le hizo echar a andar por los caminos terrenales, juntos en comunidad de vida, en carne y hueso, al candoroso y valeroso emblema del honor y la justicia, y a la ruda y maliciosa personificación de la prosaica realidad, en disonancia aparente y en armonía verdadera, en escenas repetidas de melancólica decepción y de cómico regocijo, en lengua maravillosa no oída antes y para siempre perdurable.

Esa sensibilidad fue la que inspiró a Vicente de Paúl sus obras de alivio, de consuelo y de ayuda, y para perpetuarlas y que no murieran con él, cubrió la tierra de alas blancas que se renuevan y se multiplican en el espacio y en el tiempo.

Viniendo a los nuestros: Córdoba la tuvo hasta el paroxismo, y ella le da a sus acciones y a su coraje un sello inconfundible. Su valor no se parece al de Maza, ni al del negro Infante, que se arrojaban al enemigo como gallo contra gallo, como el mastín sobre el jabalí, por impulso inconsciente e incontenible del instinto. El valor de Córdoba es la exasperación de un espíritu contra un obstáculo, la angustia de que se le escape la gloria.

Bolívar la tuvo, y por ella, a pesar de graves defectos de carácter y a pesar de faltas políticas trascendentales, todo se le perdona, y es adorado. Santander no la tuvo, y a pesar de sus fundamentales servicios, de la unidad y consecuencia de su vida, de la fidelidad a sus principios, de la lealtad a sus amigos, nada se le perdona, todavía se le calumnia y apenas es estimado y respetado por quienes a fondo lo conocen. Nadie se acuerda, o para ello se encuentra, ya explicación satisfactoria, ya excusa benévola, o todos le perdonamos de corazón al Libertador la entrega de Miranda, la muerte de Piar, la matanza con lanza, machete o sable de 800 españoles y canarios, prisioneros e indefensos, entre ellos ancianos y niños, del 8 al 16 de febrero de 1814 en la plaza de Caracas y en sus alrededores. Pero todavía no le perdonamos a Santander el fusilamiento de 38 oficiales españoles, hombres de guerra, prisioneros-conspiradores, a tiempo de ejecutar un golpe de mano que haría nugatorios la campaña y la batalla de Boyacá, que aca-

baban ellos de fusilar en Gámeza los prisioneros patriotas indefensos y en la misma plaza de Bogotá a Camilo Torres el Tribuno, a Francisco José de Caldas el Sabio, a Custodio García Rovira el estudiante Presidente, y a cien más.

Yo no le imputo a Santander el haber carecido de la sensibilidad que he apuntado y definido. Tan sólo he registrado ese hecho, esa carencia, como he dicho que era alto y majestuoso. Yo no pretendo ni quiero que Santander la hubiera tenido. Yo, como colombiano agradecido, amo esa frialdad que constituyó la nación.

LAUREANO GARCIA ORTIZ

